

El monstruo de la donación

El agudo llanto de mi hijo retumba en mi cabeza.
«Ya toca despertar», pienso con resignación.
Y mientras me levanto con cierta pereza
miro a la cama y me asalta una terrible realización.

«Y mi mujer, ¿por qué no está?», la duda asalta mi cabeza.
«¿Se habrá cansado y marchado sin comunicación?
¿Acaso me ha abandonado?», pienso con tristeza.
Pero mi hijo llora y reclama mi atención.

Mientras lo levanto de su cuna y me sonrío agradecido
escucho a lo lejos unos ruidos monstruosos.
Por el pasillo avanzo hacia el ruido desconocido
intentando dar valor a mi corazón temeroso.

Al llegar a la cocina, ¡oh, qué monstruo más horroroso!
Pelos despeluchados, boca inexistente
y un extraño aparato ruidoso
que cuelga desde su pecho hasta su vientre.

—¡Hola, cariño! —me dice el monstruo desde su silla.
Y yo me calmo al momento ante una voz conocida.
—Hola, cielo. Me ha costado reconocerte con mascarilla.
¿Así es como donas leche? —le contesto enseguida.

Mientras me cuenta cómo funciona el proceso,
yo la escucho con toda mi atención.
Y cuando termina le doy un gran beso
a mi generoso monstruo de la donación.